

## EN DEFENSA DEL SOLIPSISMO

C. Ulises Moulines

### I. Introducción

En su ensayo, "Defensa del sentido común", G.E. Moore trató de demostrar con argumentos basados en nuestro uso del lenguaje común que, en cualquier circunstancia imaginable, el realismo del sentido común es incuestionable.

Aunque la argumentación de Moore no es puramente semántica en un sentido estricto, lo cierto es que él dio la pauta para una serie de consideraciones semánticas posteriores a favor del realismo. Existe una fuerte tendencia en la filosofía analítica contemporánea a dar por supuesto que el realismo respecto del mundo empírico es inatacable dado el mero hecho de que el lenguaje tiene significado.

Ahora bien, el polo opuesto al realismo es el solipsismo, o sea, la tesis según la cual el mundo entero no es más que una construcción del sujeto de conocimiento. Si admitimos que el realismo puede ser fundamentado en consideraciones puramente semánticas, entonces debería ser posible demostrar igualmente mediante argumentos semánticos la necesaria falsedad del solipsismo. Esta es la posibilidad que me dispongo a examinar aquí.

El conflicto entre realismo y solipsismo gira entorno a la respuesta que haya que dar a una pregunta de forma muy sencilla: "¿Hay algo además de mí mismo?" Ahora bien, en la batalla conceptual que provoca esta pregunta intervienen más personajes además del realista y el solipsista: en efecto, la pregunta "¿Hay algo además de mí mismo?" admite *cuatro*, y no sólo dos, respuestas posibles. Ellas son: "sí", "no", "quizás, pero nunca podré averiguarlo" y "esta pregunta no tiene sentido". La primera respuesta posible caracteriza al realista, la segunda al solipsista, la tercera al escéptico y la cuarta al positivista. No puedo imaginarme una quinta respuesta posible, a menos que se abandone el supuesto de que yo existo. Pero por razones obvias, éste no es un supuesto que yo esté dispuesto a abandonar: ello me conduciría, como sujeto de reflexión, a lo que puede caracterizarse como una "autocontradicción dialógica"...

### 2. La respuesta positivista

En el presente contexto conviene distinguir dos clases de positivistas: el positivista "brutal" y el "refinado". El positivista brutal puede representarse paradigmáticamente con el Carnap del Círculo de Viena, especialmente en su monografía *La filosofía y la sintaxis lógica*.<sup>1</sup> De acuerdo con el positivista brutal, un análisis lógico de un enunciado como "hay algo además de mí mismo" mostraría inmediatamente que la construcción de este enunciado contiene insuperables errores categoriales (es decir, semánticos); en consecuencia, por razones puramente formales, el enunciado no puede tener ningún contenido genuino. Si esto fuera cierto, entonces cualquier cuestionamiento ulterior de la realidad del mundo exterior sería tan absurdo como preguntarse si realmente "todas las incoloras ideas verdes duermen furiosamente", para retomar el famoso ejemplo de Chomsky.

El ataque del positivista refinado procede por una vía distinta. Él no aseveraría que un análisis lógico del enunciado en cuestión muestra directamente su falta de sentido. Más bien

---

<sup>1</sup> R. Carnap, *Philosophy and Logical Syntax*, Londres, 1934.

argüirá que ese enunciado nunca podría ser parte del uso con sentido del lenguaje de nadie; nunca habrá circunstancias en toda la vida de una persona que puedan llevarla a preguntarse a sí misma seriamente: “¿Hay algo además de mí mismo?” Nadie tendrá nunca *motivos concretos* para hacerse esta clase de pregunta, y, *por esta razón precisamente*, la cuestión carece de sentido.

Es sabido que a los wittgensteineanos ortodoxos les gusta mucho la última clase de argumento. Pero es igualmente sabido que interpretar a Wittgenstein es un arduo negocio. No está claro si los argumentos de Wittgenstein en contra del solipsismo y del escepticismo están igualmente dirigidos en contra del realismo, o son más bien una defensa del realismo al argumentar que el enunciado “hay algo además de mí mismo” (o sus equivalentes) es verdadero en todas las circunstancias posibles. Bajo la primera interpretación, él habría sido lo que he denominado un positivista refinado; en el segundo caso, estaría defendiendo alguna forma u otra de realismo semántico.

Consideremos primero a Wittgenstein como positivista refinado. Creo que los pasajes más útiles para esta interpretación se encontrarán no tanto en las *Investigaciones filosóficas*, sino más bien en sus notas posteriores *Sobre la certeza*. En esta obra, Wittgenstein discute no sólo con G.E. Moore en cuanto representante del realismo del sentido común, sino también con el escéptico cartesiano, al cual Moore intenta refutar. Al parecer, Wittgenstein piensa que Moore tomó al escéptico demasiado en serio. Si alguien duda sistemáticamente de si enunciados del tipo “esto es una mano” o “he aquí una silla” son verdaderos, no es que esa persona esté asumiendo una posición fundamentalmente *errónea* (como Moore creía), sino que está simplemente expresando un sinsentido. Una duda generalizada sobre la realidad del mundo exterior carece por completo de sentido. La duda sólo puede ser local, no universal. Bajo circunstancias especiales, ciertamente alguien puede dudar de si eso de allí es una silla —por ejemplo, porque está demasiado oscuro. Pero tenemos que especificar las circunstancias concretas que le dan sentido a la duda. La duda debe tener algunas consecuencias concretas en la vida y conducta del dudante. Pero el escéptico cartesiano está caracterizado precisamente por ser alguien que duda meramente por las ganas de dudar: sus dudas no cambian nada en su vida cotidiana. Los enunciados que constituyen este juego “no nos llevan adelante” —como dice Wittgenstein—, los podemos “expurgar”.<sup>2</sup> En particular, esto se aplica a cualquier enunciado que afirme, niegue o exprese una duda acerca de la realidad del mundo exterior.

¿Es correcta esta conclusión? ¿Es verdad que no podemos imaginar ninguna circunstancia en la que una duda generalizada sobre el mundo exterior tuviera sentido?

### 3. El reto de Calderón

En lugar de entrar en consideraciones generales, abstractas, que puedan hablar en favor o en contra de esta conclusión, lo que propongo es considerar un modelo concreto que pueda aclarar la cuestión mucho mejor y ser la base sólida en la que anclar nuestros argumentos. Se trata de la situación propuesta por Calderón en *La vida es sueño*. Doy por supuesto que la obra es bien conocida del lector. Me limitaré a cinco aspectos que me parecen particularmente relevantes para el tema presente:

1) La historia es decididamente un alegato en favor del antirrealismo. Hasta el final, Segismundo sigue sin estar convencido de la realidad del mundo exterior. Oscila entre el so-

---

<sup>2</sup> L. Wittgenstein, *Über Gewißheit* (1949), Nueva York, 1969, § 33.

lipsismo y el escepticismo pero, en cualquier caso, no hay un final feliz en el sentido del realismo.

2) Por lo que parece, Segismundo no tiene mayor problema en discutir con personajes que a lo mejor sólo existen en su mente. Pero, a fin de cuentas, ¿por qué *debería* tener tales problemas? Cualquiera ha tenido la experiencia en los *llamados* sueños de estar aparentemente discutiendo con otra gente.

3) Las circunstancias en las que se halla Segismundo son empíricamente concebibles sin demasiada dificultad.

4) Sería una interpretación completamente inadecuada de la historia decir que el pensar si está soñando o no no afecta en nada la vida cotidiana de Segismundo. Después de llegar a la conclusión de que toda su vida es probablemente un sueño, se comporta de manera diferente a lo que había hecho antes: pierde la confianza en sí mismo, está asustado, se vuelve muy prudente. La afirmación de que el enunciado "nada de lo que experimento es real" no implica ninguna diferencia en la vida de Segismundo, es en este modelo, simplemente falsa. Nada nos justificaría al "expurgar" este enunciado de la reserva lingüística de Segismundo por su supuesta falta de sentido.

5) La conclusión prosueño a la que llega Segismundo no carece de motivos ni es *ad hoc*. Él puede ofrecer una lista de razones específicas que le dan sentido a su supuesto antirrealista y que son al menos igual de plausibles que el punto de vista realista del caudillo rebelde que discute con él. Segismundo conoce el significado de la palabra "sueño". Un sueño es aquello que uno experimenta después de quedar dormido y antes de despertar, y se caracteriza normalmente por no mostrar ninguna continuidad con las cosas que uno experimenta *antes* de caer dormido y *después* de despertar. Estas características son exactamente las que Segismundo encuentra en su experiencia tanto en la torre como en el palacio. De acuerdo con la "gramática" de la palabra "sueño", no existe ninguna razón, bajo las circunstancias dadas, por la que esta categoría no debiera aplicarse a *ambos* flujos de experiencia en la vida de Segismundo. Pero la "gramática" de la palabra "sueño" también implica que el contenido de un sueño es una experiencia irreal que sólo existe en la mente del soñador. O bien, para expresarlo de manera más cuidadosa: Segismundo está justificado al menos en su aseveración de que su creencia en la subjetividad de todos los sucesos que experimenta tiene al menos una probabilidad no despreciable, positiva. Con otras palabras, él está justificado en ser un escéptico.

Los cinco puntos que acabo de exponer tomados en su conjunto son suficientes para mostrar, en mi opinión, que el positivista, ya sea brutal o refinado, no puede dar cuenta de la situación modélica ideada por Calderón. Podemos asegurarle al realista que su afirmación robusta de la realidad del mundo exterior tiene sentido. Pero entonces el realista también debe conceder que una *negación* igualmente robusta de la realidad, o una duda generalizada, igualmente tienen sentido. El modelo de Calderón está ideado de tal manera que proporciona al menos algún apoyo *prima facie* para una reacción solipsista o escéptica. La tarea del realista será, entonces, mostrar que, a pesar de las apariencias *prima facie*, no hay ninguna otra manera de interpretar correctamente la situación de Segismundo que no sea la manera realista. ¿Puede mostrar esto? Para responder a esta cuestión tenemos que entrar más a fondo en el análisis del modelo.

#### 4. Segismundo y cómo veía el mundo

El problema esencial de Segismundo es éste: no sólo vive *un* sueño, sino que vive *dos*. Es decir, su vida consiste de dos secuencias paralelas. Cada secuencia es, en sí misma, coherente, pero

son mutuamente incompatibles. Un día vive encadenado en una torre siniestra, al día siguiente vive como príncipe en un palacio maravilloso, luego vuelve a la torre, y al otro día al palacio, y así sucesivamente. Aunque Calderón no lo diga explícitamente, es consistente con el argumento de su pieza suponer que estas dos secuencias alternantes prosiguen *ad indefinitum*, mientras Segismundo viva.

Para Segismundo, cada uno de los elementos de las secuencias se presenta inmediatamente después de quedar dormido en el elemento precedente.

De hecho, la vida de Segismundo consiste de dos historias parciales:

La secuencia-*T* (para "torre") =  $\langle \dots n, n + 2, n + 4, \dots \rangle$   
(donde los números representan días)

y

la secuencia-*P* (para "palacio") =  $\langle \dots n + 1, n + 3 \dots \rangle$ .

Segismundo es capaz de darle un "sentido real" a la secuencia-*T* y es así mismo capaz de darle un "sentido real" a la secuencia-*P*; pero no es capaz de darle un sentido real a la secuencia-*T-P*:  $\langle \dots n, n + 1, n + 2, n + 3, \dots \rangle$ . De acuerdo con el significado de la palabra "sueño" que ha aprendido, la secuencia-*P* es un sueño con relación a la secuencia-*T*; y la secuencia-*T* es un sueño (o una pesadilla, si se prefiere) con relación a la secuencia-*P*. ¿Por cuál decidirse? Segismundo razona de la siguiente manera: "Si la secuencia-*T* es el mundo real, entonces la secuencia-*P* es una ficción y si la secuencia-*P* es el mundo real, entonces la secuencia-*T* es una ficción. Pero yo no tengo ninguna buena razón para darle mi preferencia epistémica a una secuencia más que a la otra; en consecuencia, ambas son ficticias."

Ciertamente, esta conclusión no se deriva deductivamente de las premisas dadas; no obstante, tiene cierto grado de plausibilidad. En cualquier caso, las tres posibles alternativas realistas a ella —a saber, que sólo la secuencia-*T* sea real y la secuencia-*P* sea un sueño, o que sólo la secuencia-*P* sea real y la secuencia-*T* sea un sueño, o especialmente que ambas, la secuencia-*P* y la secuencia-*T*, sean reales—, estas tres alternativas no parecen ni estar deductivamente justificadas, ni estar más allá de cualquier duda razonable.

Éste es el momento en el que el realista entrenado semánticamente tiene que aparecer en la escena y convencer a Segismundo de que, por el hecho mismo de que él *usa* un lenguaje, se sigue necesariamente que *debe creer* (si quiere ser racional) en la realidad global de los sucesos percibidos en ambas secuencias. Con otras palabras, el realista semántico debe convencerlo de que sus afirmaciones "cualquier cosa que yo experimente es un sueño", o "nada de lo que percibo existe fuera de mí mismo", o afirmaciones parecidas, ciertamente no carecen de sentido pero expresan posiciones que son necesariamente falsas como quería demostrar Moore; son falsas simplemente por el hecho de ser *expresadas*.

"Hablas, luego te refieres a algo real además de ti mismo." Éste es el teorema semántico que hay que demostrarle a Segismundo. La idea nuclear de la prueba no puede sino consistir en los dos puntos siguientes: primero, que el lenguaje es un sistema de elementos que, al menos en parte, tienen un *significado*; segundo, que el concepto de significado tiene sentido sólo si presuponemos una realidad independiente del usuario del lenguaje. Todos nosotros, incluyendo a Segismundo, deberíamos estar dispuestos a admitir el primer punto, pues obviamente pertenece a la caracterización general de lo que es un lenguaje. El segundo punto es el crucial: ¿presupone el significado realmente un reino de cosas independientes del sujeto?

## 5. El argumento del aprendizaje en favor del realismo

En este punto entra en acción el Wittgenstein interpretado realísticamente. Se supone que su "argumento del lenguaje privado" ha demostrado que un lenguaje completamente dependiente del sujeto sería inconcebible. En consecuencia, si hay un lenguaje y un sujeto que usa ese lenguaje, como no puede haber ningún lenguaje completamente dependiente del sujeto, *tiene que haber algo además de ese lenguaje y de ese sujeto.*

El argumento crucial en esta dirección es una especie de tesis de teoría del aprendizaje: al ser un sistema de signos, el lenguaje puede tener significado sólo porque los usos de esos signos están sometidos a ciertos mecanismos de control. Ellos establecen cuándo es correcto el uso y cuándo no lo es. Pero tales mecanismos de control no surgen "espontáneamente" —tienen que ser *aprendidos*. La reconstrucción realista de las *consecuencias* del argumento de Wittgenstein puede proceder más o menos así: es innegable que hay lenguaje. Pero el lenguaje tiene que aprenderse y ser controlado. Pero este aprendizaje y control *sólo* pueden ocurrir intersubjetivamente. Por lo tanto, debe haber una comunidad de hablantes que enseñan y controlan. Pero como estos hablantes no se funden en un solo sujeto, tiene que haber algo *entre* ellos —un "espacio intermedio", por así decir. Éste es el mundo externo real de las cosas y sucesos.

Me parece que éste es realmente el argumento más fuerte que puede aportarse en favor del realismo desde un punto de vista semántico. No obstante, también me parece que el argumento no llega a ser completamente convincente para alguien que se encuentre en la situación de Segismundo. Hay dos pasos cruciales en el argumento. Primero, que el aprendizaje y el control del lenguaje implican la comunicación intersubjetiva; segundo, que la comunicación intersubjetiva implica la existencia de un mundo no subjetivo "externo". Ambos pasos son plausibles *prima facie*, pero ninguno carece por completo de problemas. Analicemos primero el segundo.

Incluso si hubiera una comunidad de sujetos en interacción que se enseñaran y controlaran mutuamente, ello no sería ninguna garantía para la existencia de un "espacio" entre ellos. George Berkeley ideó una comunidad de mentes flotando libremente y Ernst Mach sugirió la existencia de diversos conglomerados de sensaciones interactuando mutuamente, pero ni Berkeley ni Mach creían en un mundo independiente de la mente: y el propio Segismundo puede adoptar la posición de ellos sin contradecir su propia experiencia.

Pero aún más deprimente para el terco Segismundo resultará la imposibilidad de quedar honestamente convencido de la primera implicación en el argumento wittgensteineano reconstruido. Él puede sospechar aún que hay allí agazapada una *petitio principii*. ¿De dónde se infiere que su aprendizaje debe implicar necesariamente algún tipo de actividad anclada intersubjetivamente? Él no cuestiona que haya aprendido un montón de cosas. Pero esto no implica por sí mismo que *alguien más* se las haya enseñado. El concepto de aprendizaje no está incluido analíticamente en el concepto de ser enseñado. Cualquiera es capaz de aprender muchas cosas, hasta cosas que exigen bastante potencia intelectual, por sí solo, y uno puede hacer eso incluso de manera involuntaria o inconsciente.

Ciertamente, Segismundo puede tener algunos vagos recuerdos de su guardián Clotaldo enseñándole el significado de las palabras muchos años antes e indicándole cuándo estaba usando mal alguna palabra. Pero dado que, por razones completamente independientes, él tiene motivos no del todo inverosímiles para creer que el propio Clotaldo es una ficción, se sigue que cualesquiera sucesos en los que estuviera involucrado Clotaldo también pueden ser ficticios. Ello se aplica, en particular, a la actividad de Clotaldo de *enseñar* un lenguaje. Segismundo

puede conceder que él no sabe cómo ha llegado a tener un lenguaje pero tampoco sabe cómo llegó a inventar la ficción de Clotaldo y todos los demás sueños. Y como no está dispuesto a asumir hipótesis mal fundadas, es razonable para él detener la argumentación en este punto. Esto es exactamente lo que dice el escéptico que le asigna una probabilidad no-despreciable a la hipótesis solipsista. No hay en ello ninguna contradicción, ni semántica ni fáctica.